

Ética Colectiva



Para 1987, éramos únicamente dos, mi conciencia y yo, y bastaba solamente con su “compañía”. Tendría yo por aquel entonces la edad de 20 años y, siendo tan solitario como lo era, mi volátil ausencia estaba llena de pensamientos colectivos.

Pululando formas corpóreas, desde la fenomenología de lo etéreo, mi conciencia iba abrazando mil recuerdos. Recordaba, por ejemplo, el momento en el que mi cuerpo iba a ser ferozmente inmolado, y no con las armas que matan las gentes, sino con las armas que matan las almas. No sé qué pasó ni cómo se dieron las cosas; el tribunal me declaró culpable y mi conciencia no hizo mucho para defenderme. Mi mundo estaba triste ese día, y ahora me encuentro aquí, solo y sin memoria. Tras el dictamen y un par de escuetas palabras, el juez dio la orden; los gendarmes presurosos a su llamado acudían; mientras tanto, dos espejuelos reflejaban mis memorias, y mi vida soslayaba aquel día en el me aferré al gatillo que disparan las palabras. Quizá nadie entienda la razón de mi condena. Acuso que escudriñaban en mi mente las normas sociales y aquellas fuerzas externas de orden psicológico no dejaban liberarme.

Intentaba defenderme y mataron mis palabras. Y con ellas se llevaron una débil libertad y mil quimeras. Todo estaba muerto desde aquel entonces. ¡Qué importa ya! La gente muere sin razón todos los días. No sé si yace mi cuerpo inerte sobre el recóndito y ajeno mar de utopías, solo sé que me encuentro en una habitación oscura y triste, y solo pido que disparen.

Esta tragedia es mía, me enfrento a un final que no tiene remedio, ya no veo lo que de mí ha muerto, ahora sufren más los que se quedan y no me importa si conozco o no el cielo. Mi hogar siempre fue el infierno.

Autor: Armijos Armijos Juan Pablo.
Categoría: Abierta.
Puesto: Primer Lugar.

15